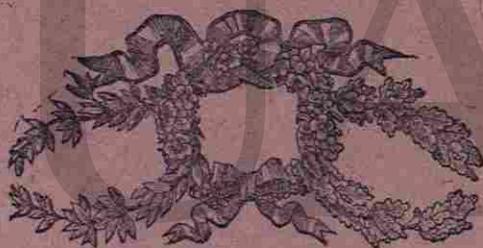


CENTESIMO ANIVERSARIO

DEL VENERABLE

SIERVO DE DIOS

P. LUIS FELIPE N. DE ALFARO.



Leon, Abril de 1876.

Tipografía de José María Menzon.

Casa de la Condesa.

BX4705

.N4

I3

70

BX4705

.N4

I3





1080016666



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CENTESIMO ANIVERSARIO

DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS

P. LUIS FELIPE NERI DE ALFARO,

CELEBRADO EN EL SANTUARIO DE JESUS DE ATOTONILCO,

DE QUE FUE FUNDADOR INSIGNE,

POR EL PRIMER OBISPO DE LEON DOCTOR Y MAESTRO

D. José María de Jesus Diez de Sollano y Dávalos,

QUIEN HA PROMOVIDO LA CAUSA

DE SU BEATIFICACION,

QUE ESTA TRATANDOSE

ANTE LA SANTA SEDE ROMANA.

Descripcion de la Solemnidad y Oracion funebre encomiastica, pronunciada en ella por el Sr. Prebendado de la Santa Iglesia Catedral de Leon, Lic. D. Jose de la Merced Sierra

PUBLICADO TODO POR EL MISMO ILMO: PRELADO

Leon, Abril de 1876.

Tipografia de José María Monzon, Casa de la Condesa.



Capilla de San Isidro Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON Biblioteca Valverde y Tellez

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ 038703

038703

V

922

A

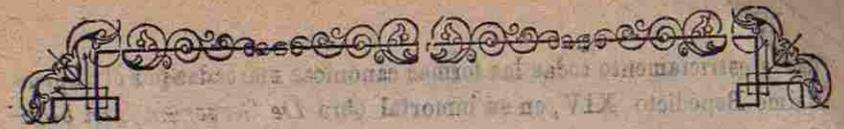
Bx 4705

104

I3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
00780



... de la Santa Sede la causa de la beatificación de tan esclarecido sacerdote. Causas independientes de mi voluntad obstruyeron el paso á aquellas gestiones; mas luego que por una singular providencia de Dios fui promovido por la Santidad del Sr. Pio IX, sin que yo lo supiera ni nadie lo gestionara, al nuevo Obispado de Leon, de cuya fundacion tampoco tuve noticia, ni aun de que se intentara, sino hasta despues de verificada; y en cuyo territorio se comprende el célebre Santuario de Jesus Nazareno de Atotonilco, presumi que era voluntad de Dios que yo promoviera la sobredicha causa de beatificación, y que quizá para esto especialmente habia hecho el Señor conmigo tan inesperada y singular misericordia, colocándome sin mérito alguno, en esta silla episcopal. Por esto me resolví, á que mi primer paso y mi primer acuerdo en el episcopado, fuera el de iniciar el proceso diocesano para tan deseada causa, como lo ejecuté. Concluido el dicho proceso con cuanto empeño, diligencia y asiduidad me fué posible, y guar-

LA antigua fama de santidad que disfruta el Venerable siervo de Dios P. Luis Felipe Neri de Alfaro, fundador del célebre Santuario de Jesus Nazareno de Atotonilco, situado cerca de la Ciudad de S. Miguel el Grande, hoy de Allende, y cuya fama se aumenta de dia en dia, atrayendo al Santuario numerosísimas comitivas de peregrinos que ansian por practicar en su recinto los santos ejercicios que estableció allí mismo su Venerable fundador; y el particular afecto que desde mi niñez he profesado á este insigne varon, honor del Sacerdocio católico mexicano, timbre de las glorias de mi amada Universidad y Seminario de México, ornamento de la Venerable Congregacion Oratoriana de S. Miguel, mi patria, á cuyo Colegio Salesiano soy deudor de mi primer educacion literaria: me movieron muchos años há, á intentar que se formalizara el proceso diocesano prévio á promover ante la Santa Sede la causa de la beatificación de tan esclarecido Sacerdote. Causas independientes de mi voluntad obstruyeron el paso á aquellas gestiones; mas luego que por una singular providencia de Dios fui promovido por la Santidad del Sr. Pio IX, sin que yo lo supiera ni nadie lo gestionara, al nuevo Obispado de Leon, de cuya fundacion tampoco tuve noticia, ni aun de que se intentara, sino hasta despues de verificada; y en cuyo territorio se comprende el célebre Santuario de Jesus Nazareno de Atotonilco, presumi que era voluntad de Dios que yo promoviera la sobredicha causa de beatificación, y que quizá para esto especialmente habia hecho el Señor conmigo tan inesperada y singular misericordia, colocándome sin mérito alguno, en esta silla episcopal. Por esto me resolví, á que mi primer paso y mi primer acuerdo en el episcopado, fuera el de iniciar el proceso diocesano para tan deseada causa, como lo ejecuté. Concluido el dicho proceso con cuanto empeño, diligencia y asiduidad me fué posible, y guar-

001070

dadas estrictamente todas las formas canónicas marcadas por el Sapien-
tísimo Benedicto XIV, en su inmortal obra *De Servorum Dei beati-
ficatione et Beatorum canonizatione*, valiéndome para ello de Monse-
ñor Dr. D. Ignacio Montes de Oca, entonces Presbítero de esta Dióce-
sis, y hoy dignísimo Obispo de Tamaulipas, quien, á su actividad y ze-
lo, reunia la pericia necesaria y un decidido empeño, lo remití por manos
de mi carísimo amigo y obsequiosísimo ejecutor y diligentísimo Secre-
tario de visita Presbítero Lic. D. José Hilario Ibargüengoitia, quien
personalmente pasó á Roma en fines de 1869, y puso en manos de su
Santidad mis humildes letras y el mencionado proceso, el que sigue su
curso ante la curia romana hasta hoy sin tropiezo; y, según las últimas
noticias de mi agente de negocios en Roma, con la mas favorable es-
pectativa.

Consecuente con esto he promovido en toda la Diócesis que se hagan
preces por el feliz éxito de la promovida causa de beatificación, para
que, si fuere para la mayor honra y gloria de Dios, se lleve al cabo: y
en el mismo Santuario se ha avivado cada vez mas el piadoso dese-
mostrado por los fieles en perfecta consonancia con los míos. En-
tretanto, aproximándose el centésimo aniversario de la felicísima muer-
te (como piadosamente creemos) del mencionado siervo de Dios, pre-
vine al Padre mayordomo del mencionado Santuario Presbítero D.
Hesiquio Degollado, que de acuerdo con el Capellan Pbro. D. Santos
Gaytan, prepararan para el 22 del próximo pasado Marzo, unas solem-
nísticas exéquias que me proponía ir á celebrar personalmente, como
lo verifiqué, llevando para que pronunciase la *oracion encomiástica*, al
Señor Prebendado de ésta mi Santa Iglesia Catedral de Leon, Pbro.
Lic. D. José de la Merced Sierra, Catedrático de Teología Moral en
éste mi amado Seminario Conciliar de la Diócesis, quien en efecto pro-
nunció con universal aplauso la que vá adjunta.

En medio de los urgentísimos negocios de la Santa Visita, que prac-
ticaba á la vez en las Parroquias de Guanajuato y Marfil, apenas pude
mal forjar unas pobres inscripciones latinas que remití al señor Cura
de S. Miguel, D. Juan Carpio, para que las hiciera poner en los cuatro
costados del catafalco, como lo efectuó con gran diligencia y empeño,
pues el tiempo era muy escaso. Estas son las siguientes:

I.

DEI. SERVVS
LVDOVICVS. PHILIP. N. DE. ALFARO
AD. COELESTEM. PATRIAM. MIGRATVRVS
HOCCE. MAGNIFICVM. TEMPLVM
PROVT. NVNC. INVISITVR
A. FVNDAMENTIS. EREXIT
IN. IPSO. OMNIA. SACERDOTALIA. MVNIA
SANCTISSIME. FVNCTVS. EST
SVB. IPSIVS. ARAM. AD. MORTEM. SE. DIVTISSIME. EXERCVIT
SANCTITATIS. ODOR
QVO. IPSVM. IAM. A. PRIMORDIO. REPLEVERAT
FRAGRANTIA. SINGVLARI
AB. OMNIBVS. ADSTANTIBVS. PERCEPTA. ET. IVREVRANDO. FIRMATA
DVM. EX. HVMILL. TVMVLO. EXTOLLERETVR
MIRIFICE. VENIT. COMPROBANDVS
NVNC. SVPREMVM. IVDICIVM. APOSTOLICVM
DE. TANTA. SANCTITVDINE
DIV. A. NOBIS. DESIDERATVM
TANDEM. ALIQVANDO. PIE. CREDITVR. EVENTVRVM
LEONENSIS. EPISCOPVS. CVM. SVO. ILLMO. CAPITVLO. ET. V. CLERO
HOCCE. DE. TANTO. VIRO. TESTIMONIUM
IN. CENTESIMO. ANIVERSARIO. CELEBRANDO. DICAUIT
XI. KAL. APRIL. ANN. MDCCLXXVI

II.

HEV!
LVDOVICVS. PHILIP. N. DE. ALFARO
IAM. AB. ANNIS. CENTVM
MERITIS. PLENVS
MIGRAVIT. E. VITA. AETATIS. SEXAGINTA. SEPT. ANN.
XI. KAL. APRIL. MDCCLXXVI

III.

HIC. IACVIT. HAC. EADEM. DIE
CENTUM. ANNIS. RETRO
HVIVS. CELEBRIS. BASILICAE
FVNDATOR. INSIGNIS
VIRTVTIBVS. VERO. INSIGNIOR
SPIRITVALIBVS. FRVCTIBVS. INSIGNISSIMVS
LVDOVICVS. PHILIP. N. DE ALFARO
XI. KAL. APRIL. ANN. MDCCCLXXVI

IV.

LVDOVICVS. PHILIP. N. DE ALFARO
IN. SECVLO. NOBILITATE. CLAVS
PATRIA. MEXICANVS
IN. ALM. MEX. SEM. ET. VNIVERSIT. ALVMNVS
IN. NERIAN. VEN. CONG. MICHAELOP. PRESBYTER
QVATVOR. SCHOL. CHISTI. NECNON. HVIVS. TEMPLI
MVNIFICVS. FVNDATOR
MORVM. INNOCENTIA. AB. INEVNTE. AETATE
POENITENTIA. MIRABILI. AD. MORTEM. VSQVE
RARA. DENIQVE. IN. OMNIBVS. SANCTITVDINE
VITA. FVNCTVRVS. AETERNA
HAC. IN. DOMO. OBIIT. IN. OSCVLO. DOMINI
CENTVM. AB. HINC. ANNIS
FAMA. SANCTITATIS. QVOTIDIE. AVCTOR
NVNC. DE. EIVS. HEROICIS. VIRTVTIBVS
DEQVE. MIRACVLORVM. PERCREBRESCENTE. OPINIONE
DIOECESANVS. PROCESSVS. APVD. MAGNVM. PIVM. IX
APOSTOLICO. IVDICIO. SCRVTANDVS. EXSTAT
VTINAM. AD. BEATITVDINIS. SANCTIONEM
NOSTRO. AEVO. PERVENIATVR!

El concurso fué á la par que selecto, numerosísimo, no bastando la amplia capacidad del Santuario para contenerlo. Yo asistí y celebré de pontifical, con el acompañamiento que á continuacion se menciona. La orquesta fué la mas brillante que pudo conseguirse en S. Miguel y la compostura del templo la mas decente y magestuosa.

NOTICIA de los Señores Eclesiasticos que asistieron al centesimo aniversario del Venerable siervo de Dios, P. Luis Felipe Neri de Alfaro, celebrado en el Santuario de Jesus Nazareno de Atotonilco, el 22 de Marzo de 1876.

Asistentes al sòlio.

*Sr. Cura de S. Miguel el Grande, Pbro. D. Juan Carpio.
M. R. P. Prepósito del Oratorio, D. Felipe Santacruz.
Díácono, Sr. Pbro. D. Pablo Torres, Srío. de Visita.
Subdíácono, M. R. P. F. Carlos Lara, Guardian de
S. Francisco.*

Insignias.

*M. R. P. Rector del Colegio de S. Francisco de Sales de
S. Miguel, D. José María Correa.
M. R. P. D. Vicente Lienzo.*

Cantaron los cuatro responsos.

*M. R. P. D. Antonio Mojica.
" Rafael Reina.
Sr. Pbro. D. Félix Duarte.
" Cura " Albino Gonzalez.
Maestro de ceremonias, Sr. Pbro. D. Miguel Arizmendi.*

Familiares asistentes al Ilmo. Sr Obispo.

Sr. Pbro. D. José M. Hernandez.

„ Diácono „ Ascension Perez.

Acólitos.

Sr. Pbro. D. Oton Peña.

„ Subdiácono, D. Gregorio Hernandez

„ „ José M. Herrera.

Menorista, D. Primitivo Zepeda.

Asistencia.

Sr. Cura D. Juan Ignacio Rodríguez

Pbro. „ Hesiquio Degollado.

„ Santos Gaytan.

„ „ „ Nemesio Araiza.

„ „ „ Martín Lina.

„ „ „ Luis Sierra.

„ „ „ José M. Botello.

M. R. P. D. Francisco Soria.

„ „ „ „ Pedro Sándia.

„ „ „ „ Francisco García.

NOTA.—Del estado secular asistieron con recogimiento y devoción, notable multitud de personas así pobres como ricas, no solo de S. Miguel, sino de otros lugares circunvecinos y aun distantes.

AD MAJOREM DEI GLORIAM.

In benedictione Dei et ipse speravi: et quasi qui vindemiat, replevi torcular. Respice quoniam non mihi soli laboravi, sed omnibus exquirentibus disciplinam. Eccli. c. XXXIII, vv. 17 et 18.

Yo tambien esperé en la bendición de Dios: y llené el lagar como el que vendimia. Mirad que no solamente para mí he trabajado, sino para todos los que solicitan la enseñanza. Ecco. c. xxxiii, vv. 17 y 18.

Ilmo. Señor:

Todo es grande, Señores, en la muerte de los justos: su desaparecimiento de este mundo es un hecho de inmensa trascendencia, y nos presenta un cuadro alumbrado con una irradiación del cielo, cuya luz parece reflejarse en las futuras generaciones, para reproducir y perpetuar en ellas la memoria de los escogidos. ¿No lo veis así en este día? Hoy hace justamente cien años que el venerable siervo de Dios, D. Luis Felipe Neri de Alfaro entregó su espíritu al Criador en esta santa casa; y después de todo un centenario, el tiempo que derrumba los mármoles, que lima las inscripciones esculpidas en tablas de bronce y que parece irritarse cuando se levanta un monumento en la tierra, no ha podido borrar de nuestro corazón la imagen de tan esclarecido sacerdote. No es, pues, extraño que nuestro Ilmo. y Rmo. Prelado, que el digno Párroco de S. Miguel el Grande, la muy ilustre Congregación del Oratorio de S. Felipe Neri, el venerable Clero secular

y regular, y las clases todas de la sociedad estemos agrupados en torno de ese catafalco, dominados por un solo pensamiento.

Pero ¡ay! Señores: esta misma grandiosidad abruma mi pequeñez; porque ¿cómo podrán caber en mis pobres conceptos los elogios de quien ha llenado los tiempos con su celebridad? ¿cómo podré atreverme á levantar mi débil voz, en la misma cátedra donde fué pronunciada la oracion fúnebre del Sacerdote fiel, con toda la elocuencia del Dr. D. Juan Benito Diaz de Gamarra? y sobre todo ¿cómo no sentirme sobrecogido, al recordar que hoy hace tambien un siglo, que las virtudes de Luis fueron encomiadas de una manera la más digna y eminente? ¡Ah! bien lo sabeis: ántes de que espirara ese varon insigne, mandó que en el dia de su muerte se hiciera un dia de retiro con presencia de su cadáver, intentando por este medio grabar más profundamente en la imaginacion de sus hijos, los trofeos de la muerte. Hízose así, y entónces ¡oh qué espectáculo! Luis ya difunto, pero colocado en la Sala de Ejercicios por su orden expresa, no solamente despertaba en el ánimo de los concurrentes la idea de lo caduco y deleznable de esta vida, sino que les mostraba con su ejemplo la serenidad con que arriban al puerto los que han guardado la ley del Señor; y de esta manera, Luis se predicó á sí mismo desde los umbrales de la eternidad, siendo su voz el silencio, y el asunto de su predicacion el tránsito del justo á las regiones de la paz.

¿Qué haré pues, en esta situacion? Si hablo, temo ser temerario, así lo siento; si callo, soy sin duda inobediente, así lo confieso. Mas ya me reprendo á mí mismo, Señores; porque ¿qué razon puede haber para que yo me excuse de hacer notoria mi insuficiencia? Por otra parte ¿no es acaso verdad que á proporcion de lo que ménos pueda yo elogiar á nuestro Luis, se patentizará más la magnitud de su mérito? Luego si hasta mí

pequeñez puede contribuir á su alabanza, permitidme que la intente, manifestandoos que el virtuosísimo Padre Alfaro pudo decir como el Eclesiástico: Yo tambien esperé en la bendicion de Dios: y llené el lagar como el que vendimia. Mirad que no solo he trabajado para mí, sino para todos los que solicitan la enseñanza. *In benedictione Dei et ipse speravi: et quasi qui vindemiat, replevi torcular. Respécite quoniam non mihi soli laboravi, sed omnibus exquirentibus disciplinam.* Sí: Luis esperó en el Señor y por esto le libertó del pecado: hizo penitencia y de esta manera llenó el lagar con el vino de la compuncion: fué por fin (como lo esperamos de la misericordia divina), coronado en el cielo, y en consecuencia Dios bendijo sus trabajos, para que tambien aprovecharan á todos los que en lo sucesivo solicitaran la enseñanza de su salvacion. He aquí todo mi pensamiento. Mas ántes de desarrollarlo impetremos la intercesion de la Beatísima Vírgen María, para que nos alcance de su divino Esposo el auxilio de la gracia. ¡Oh Vírgen purísima! ved que nos ocupamos ahora en recordar las virtudes de vuestro devotísimo Sacerdote, que desfallecia de amor en la tierra, cuando miraba vuestra efigie, y que piadosamente creemos estará hoy en el cielo, contemplando en dulcísimo éxtasis vuestra hermosura! Se trate, ó gran Señora, de la gloria de vuestro divino Hijo, porque en honor suyo redundan siempre las alabanzas de sus siervos: dignaos, pues, impetrar un rayo de sabiduría en favor de los que con el Arcángel, os saludamos llena de gracia: *Ave María.*

In benedictione Dei et ipse speravi: et quasi qui vindemiat, replevi torcular. Respice quoniam non mihi soli laboravi, sed omnibus exquirentibus disciplinam. Eccli. c. XXXIII, vv. 17 et 18.

Yo tambien esperé en la bendicion de Dios: y llené el lagar como el que vendimia. Mirad que no solamente para mí he trabajado, sino para todos los que solicitan la enseñanza. Ecci. c. XXXIII vv. 17 y 18.

Así como el Espíritu, el agua y la sangre dan testimonio en la tierra de que nuestro Señor Jesucristo es verdadero hombre, así tambien dan testimonio de quienes son los que le pertenecen como miembros vivos de su cuerpo místico, para que aún en este mundo se distingan los que estan escritos en el libro de la vida, de aquellos cuya memoria perecerá para siempre. Tal es el bello pensamiento de S. Bernardo, que, en su sermón segundo *De tribus testimoniis*, explana con toda la maestría de su ciencia y piedad. Oigamos sus palabras.

“¿Cómo puede creerse, dice el Santo Doctor, que Dios abandone en la tierra á sus escogidos, sin darles un testimonio de su amor? ¿Ni qué consuelo pudieran tener jamás los predestinados, si fluctuando siempre entre el temor y la esperanza, no llegaran á tener algun signo de su predestinacion? Verdad es que solo el Señor conoce quienes le pertenecen, y á quienes ha escogido desde el principio; de manera, que ninguno en la presente vida sabe con certeza absoluta, si acaso es digno de amor ó de odio delante de su Dios; mas no por esto debemos entregarnos á una inquietud desesperante, porque hay una palabra fiel y digna de todo crédito que nos declara los magníficos testimo-

“nios de nuestra salud. ¿Y cuál es esta palabra? La que salió de la boca del apóstol Juan, que dijo: tres son los que dan testimonio en la tierra, el Espíritu, el agua y la sangre. En efecto: “habiendo pecado todos los hombres en nuestro primer padre, “fué preciso que con él sufriéramos las consecuencias de su ruina; y por lo mismo, una vez caídos en una cárcel llena de fango y erizada de piedras, todos estábamos cautivos, sucios y profundamente quebrantados, hasta que vino el deseado de las naciones que debia redimirnos, limpiarnos y fortalecernos. Este es, “pues, el que dió su propia sangre para nuestra redencion, el que “dejó salir de su costado abierto una vena de agua para nuestra ablucion, y el que envió de lo alto de los cielos su Santo Espíritu para nuestra fortificacion. Por tanto, todo aquel que se “abstiene del pecado, tiene en sí un testimonio de que la *Sangre* “de Jesucristo no ha sido derramada inútilmente para él; porque “siendo necesario que el que comete el pecado quede hecho “siervo del pecado, es manifesto que quien puede abstenerse “de él y libertarse de su yugo, tiene un certísimo testimonio de “la redencion, cuya causa única es la sangre de Jesucristo. Pero no le basta al pecador la continencia, sin la saludable penitencia. Por lo mismo, todo aquel que se deshace en gemidos, “y noche á noche lava su lecho con sus lágrimas, tiene un testimonio de que está obrando su salud el *Agua* del costado de “Cristo, puesto que así como aquella sangre fué derramada para que no reine el pecado en nuestro cuerpo mortal, así tambien aquella agua purísima salió del pecho de nuestro Salvador, para purificarnos de los pecados que ántes habiamos cometido. Mas ¿qué debemos hacer cuando aún sentimos que “nos falta la fuerza en el camino de la vida, por la debilidad “que contrajimos con el largo uso de nuestras cadenas y la “corrompida atmósfera de nuestra cárcel? Invocar el Espíritu

“vivificante y consolador, seguros de que el Padre que está en los cielos dará su Espíritu bueno á los que se lo pidan; y hé ahí cómo el que anda en la novedad de una santa vida, tiene testimonio de que el *Espíritu nuevo*, es decir, el *Espíritu de Dios* ha descendido sobre su alma. En tres palabras (concluye el Santo), el hombre tendrá en favor suyo el testimonio de la *Sangre*, del *Agua* y del *Espíritu*, si se abstiene del pecado, si hace dignos frutos de penitencia, y si las obras que practica son obras de vida. *Iam ut breviter repetam á Sancti quine et Aqua et Spiritu habere est testimonium, si contines a peccatis, si dignos agis poenitentiae fructus, si facis opera vitae.*”

¡Qué magnificencia de enseñanza, y qué elevacion de sentimientos! Sentada, pues, esta doctrina tan respetable por su autor, tan luminosa por las razones en que se apoya, y tan consoladora por la esperanza que nos inspira, entremos ya á contemplar en la preciosa vida del venerable P. Luis Felipe Neri de Alfaro, el modo extraordinario con que brillaron en ella los testimonios de predileccion con que le distinguió el Señor.

Hablando en primer lugar de la vigilancia en evitar el pecado, del horror al vicio y del continuo esmero en conservar la pureza de la conciencia, bien sabeis que no tengo de referiros la historia de un niño indócil, de un jóven extraviado, ó de un hombre que, por un milagro de la gracia, se salva del naufragio cuando ya estaba casi ahogado en las aguas de la iniquidad. No: nuestro afortunado Luis, fué prevenido desde muy temprano con las bendiciones del cielo, y al entrar en el ejercicio de su razon y de su libertad, le salió al encuentro la sabiduría como una madre honrada (1) para desmenuzarle el pan de vida y de entendimiento, á

[1] *Obviabit illi quasi mater honorificata.....cibabit illum pane vitae et intellectus.....et firmabitur in illo et non flectetur. Eccli. XV.*

fin de que en todos los accidentes de este mundo permaneciera con firmeza y nada fuera bastante á doblegarle en su camino. Por eso le vemos desde niño oír con sumision y respeto los consejos de sus virtuosos padres, obedecerles con prontitud y alegría, entregarse sin repugnancia al aprendizaje de las primeras letras, y sobre todo, tener un gusto particular en las prácticas de devocion, de manera que se le notaba gozo en leer, cuando ya pudo hacerlo, los puntos de la oracion mental que hacia diariamente en union de su piadosa madre, y otros libros que trataban de cosas espirituales, entre las cuales preferia siempre la pasion de nuestro adorable Redentor. ¡Oh! ¡qué grato es contemplar al niño Luis haciendo dos veces en el año los ejercicios de desagravios, para impetrar la clemencia divina! Parece, Señores, que en aquel siglo de oro para la Iglesia mexicana, en que las madres oraban al lado de sus inocentes hijos, se reproducia en nuestra pátria aquel espíritu de oracion que en tiempo del Sacerdote Eliachim, hacia que los Israelitas prostraran por tierra á sus niños delante del templo del Señor, para moverle á que estendiera en su favor el poderío de su brazo. (1) ¡Espectáculo tierno, que atraía eficazmente los favores del cielo y libraba al pueblo escogido del furor de sus enemigos!

Mas ahora.....¡oh, Dios mio, qué diferencia! ¿Cómo hemos podido llegar á unos tiempos, en que los padres de familia arranquen del seno de la Iglesia Católica á sus propios hijos, para entregarlos al paganismo, al protestantismo, al masonismo, al ateismo, en una palabra, á las potestades mismas del infierno? ¡Pobres inocentes! Pervertida su inteligencia con mil errores acerca

(1) *Infantes prostraverunt contra faciem templi Domini. Judith, IV. 9.*

de los deberes más estrictos del hombre para con Dios, para consigo mismo y sus semejantes; seco su corazón por la carencia de la moral cristiana, única que puede producir la verdadera virtud y felicidad; envanecidos, por fin, con el aparato de una ciencia vana: pronto caerán en los brazos de la voluptuosidad que les espera á las puertas de la juventud, ésta les entregará maniatados á cualquier secta de Satanás, y entonces ¡ay! siendo el juguete de sus pasiones, perecerán con una muerte temprana y llena de ignominia.

¿En dónde, pues, estará el remedio para precaver tan grande mal? Solo en una educación basada en el temor de Dios, cual la recibió el niño Alfaro. Para ver su resultado, sigámosle por breves momentos en la carrera de las letras, que emprendió en el Real y Pontificio Seminario de México.

Allí, desde su ingreso, se portó con la modestia, decencia, aplicación y moralidad que tanto recomendan á un buen seminarista. Exacto en la observancia de las reglas de aquel establecimiento, asistía con particular devoción á las distribuciones religiosas, comulgaba con edificante recogimiento, obedecía prontamente á sus superiores, era afable con sus buenos condiscípulos y huía de los que pudieran serle ocasión de tropiezo. Su dedicación al estudio no le impedía el método de vida espiritual que de acuerdo con su confesor se había propuesto, y de esta manera, la ciencia y la virtud crecían á la par en su alma. Al inquirir en Filosofía las causas de las cosas, no solo se recreaba en las maravillas de la naturaleza, sino que se elevaba su entendimiento hasta contemplar la causa primera, para glorificarla en sus obras; y al dedicarse á la ciencia sagrada de la Teología escolástica, su espíritu se penetró tanto de la grandeza de Dios, de su soberana Bondad é infinitas perfecciones, que de-

terminó consagrarse sin reserva al servicio de tan digno y altísimo Señor. ¿Qué importaba en su ánimo el sacrificio de abandonar la corte donde había nacido, de renunciar los honores que se le presentaban y de resolverse á que el mundo estuviera crucificado para él, y él para el mundo? Nada; ántes en esto creyó encontrar su paz, su delicia, su verdadera honra y felicidad. Así es que, apenas recibió en la Real y Pontificia Universidad de México, el grado de Bachiller en sagrada Teología, á los veinte años de su edad, cuando generosamente dejó su suelo natal con cuanto caro tenía en él, y se dirigió á la villa de S. Miguel el Grande, con objeto de solicitar ser admitido en la venerable Congregación del Oratorio de S. Felipe Neri de aquel lugar. Los sabios y experimentados Padres Felipenses encontraron en este jóven una virtud sólida, que no fué desmentida en las pruebas públicas y secretas á que le sujetaron para reconocer su vocación; y en consecuencia, le admitieron gustosos en el número de sus alumnos, abrigando las más lisonjeras y fundadas esperanzas de que á su tiempo daría lustre á la Congregación con el esplendor de sus virtudes. Vestido ya con la ropa de S. Felipe, cuyo nombre quiso adoptar en testimonio de que le había escogido por su patron y modelo, multiplicó sus cuidados por corresponder al llamamiento del Señor. En el noviciado echó profundísimas raíces su humildad, dió suavísimo olor su castidad, creció admirablemente su caridad y edificó á todos con su ejemplo. Preparado con tan felices disposiciones y con un asiduo y bien cimentado estudio de la Teología Moral, ascendió al sacerdocio, en que brilló desde luego como una hacha encendida, colocada por la Divina Providencia sobre el candelero de oro, para iluminar, no solo á la Congregación de su instituto, sino á toda la Iglesia mexicana. Ahora sí, oh Luis! ya están cumplidos tus deseos.... te horrorizaba el mun-

do engañoso, mirabas con desprecio sus pompas, te causaba náusea sus placeres, y más que todo, te hacia estremecer la sola idea del peligro que en él se corre de ofender á Dios: pues ya estás en un asilo seguro, ya estás en la casa de oracion, como el árbol plantado á orilla de las aguas, cuyo verdor no se marchitará jamás.

Así era sin duda, la vida que pasaba Luis en aquella muy ilustre Congregacion, á la cual daba ordinariamente el afectuoso nombre de *madre*. En ella se nutria su alma con la abundancia de las gracias celestiales, recibia el calor vivífico del amor del Esposo, sentia el blando halago de sus caricias, y florecia en santidad, esparciendo por todas partes el aroma de sus virtudes. Mas como el divino Jesus siempre se adelanta en generosidad á las oraciones de sus siervos, quiso conceder á nuestro sacerdote un aislamiento más completo del mundo, una segregacion más absoluta del bullicio del siglo, una tierra en fin, la más feraz y fecunda en que diera los frutos de vida que debia producir: y por esto le trasplantó á este suelo de Atotonilco, en donde creció de dia en dia y llegó muy en breve al estado de la perfeccion. Aquí, léjos de esa sociedad cuyos atractivos pueden seducir al más justo, si no se precave de ellos; aquí, en donde se dedicó á observar sus pasiones para combatir las, á darse cuenta de sus menores movimientos para ordenarlos, y á hermohear su alma para atraer las dulces miradas y complacencias de su amantísimo Jesus; aquí, en este retiro, logró vivir con una conciencia tan pura, tan inmaculada y angelical, que segun la declaracion solemne de su confesor, *las mas de sus confesiones se reducian á estas pocas palabras: "Padre, porque Dios ha querido no tengo ahora ni culpa venial plenamente deliberada y advertida. ¡Oh Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo! ¡Cuán limpias, cuán*

blancas y resplandecientes quedan las estolas de los que se lavan en vuestra sangre! ¡Oh Señor! y ¡cuán grato y delicioso ha de ser para vuestros escogidos este primer testimonio de su eterna predestinacion! Dichoso, pues, nuestro Luis que pudo decir á boca llena: "Yo tambien esperé en la bendicion de Dios:" *In benedictione Dei et ipse speravi*, y por esto me libró de mis enemigos: *Quoniam in me speravit liberabo eum*. Mas pasemos ya á observar el testimonio que el *Agua* del costado de Cristo dió en favor de su siervo: tal es el objeto de la

SEGUNDA PARTE.

Consistiendo esta otra señal de nuestra salud eterna en el espíritu de penitencia, es conveniente detenernos un poco en la consideracion de la práctica de esta virtud. Oigamos de nuevo á S. Bernardo.

"El que hace verdadera penitencia, dice en otro lugar el mismo Santo, (1) no pierde ningun tiempo, porque el pasado lo restaura repasando en la amargura de su alma los años de su vida; el presente lo emplea en el ejercicio de una buena obra; y el futuro lo asegura por la constancia del buen propósito. En cuanto á lo primero, nos dice el Apóstol que *andemos avisadamente, no como necios, sino como sabios: redimiendo el tiempo, porque los dias de esta vida son cortos y llenos de peligros y tentaciones*. (2) En cuanto á lo segundo, nos exhorta á hacer "bien á todos, miéntras tengamos tiempo, pero especialmente á los domésticos de la fé; (3) y en cuanto á lo tercero, nos ad-

(1) *Serm. CVI de tribus ad agendam poenitentiam necessariis.*

(2) *Ad Ephes. V. 15*

(3) *Ad Gal. VI. 10*

"vierte el mismo Salvador, que no recibirá la corona, sino solo el que perseverare hasta el fin." (1)

Y bien, Señores: ¿quién puede dudar que en esto precisamente empleó toda su vida el venerable P. Luis Felipe Neri? Yo no hablaré de las mortificaciones que practicaba desde pequeño, como cuando usaba de una camisa tosca de arpillera, que llevaba encubierta bajo otra de lino, para no hacerse notable; no mencionaré los ayunos y austeridades con que procuraba domar su carne en la lozanía de sus años; ni tocaré siquiera las disciplinas y demás medios aflictivos con que, recién ordenado, se esforzaba en asemejarse á Jesus Nazareno, cuya imagen tenia profundamente grabada en su corazón. Esto y mil otras cosas es preciso omitir; porque fueron tan extraordinarias las penitencias de Luis, que falta el tiempo aún para indicar someramente algunos de sus principales rasgos. Así es ciertamente, Señores: porque ¿en qué no se mortificó Luis? Era tan sobrio y moderado en el uso de los alimentos, que su comida se reducía ordinariamente á un huevo ó á algunas legumbres; pero esto no le era gustoso, sino cuando estaba insípido ó cuando iba condimentado con acíbar, que él mismo le mezclaba, procurando que nadie le viese. Unas veces permitía el Señor que le faltara acción para que el bocado pudiera bajar hasta el estómago, y en tal accidente era atormentado con tan terribles ansias, que sentía ahogarse y se le demudaba el semblante como si fuera ya á espirar; y otras, en fin, en que se entregaba á una señalada penitencia, no le concedía á su cuerpo mas alimento que pan de lágrimas y un poco de ceniza. Su cama estaba despojada de colchon y toda blandura: era mas bien propia para mortificar la carne con su desnudez y dureza, que para proporcionarle algun descanso; y á su ca-

(1) *Math. XXIV. 13*

becera estaba constantemente un esqueleto, cuyo mudo, pero elocuente lenguaje acerca de la vanidad de los placeres mundanos, comprendia muy bien nuestro Luis. Cuando cerraba sus ojos por la necesidad del sueño, su alma muchas veces seguia velando, pues segun confesion de él mismo, soñaba con frecuencia á su amante Nazareno, en el tierno paso de su camino al Calvario. Ya le despertaran los dulces coloquios con su amado, ó ya la costumbre que habia contraído por el espacio de muchos años, él de todas maneras, se levantaba á la media noche, y dirigiéndose á este templo, se postraba reverentemente delante del Tabernáculo de Jesus Sacramentado: allí le adoraba con los sentimientos mas íntimos de su humildad, allí se derretía su corazón por los ardores de su amor, allí por último, se evaporaba su alma con la vehemencia de sus aspiraciones, y subia por la virtud de su contemplacion hasta el Trono de su Dios, como una nube fragante de incienso.

Vuelto en sí de aquellas elevaciones de espíritu, cuya declaracion no es dado expresar á la lengua del hombre, se levantaba para ir, no á continuar su sueño interrumpido, sino á colocarse dentro de un ataúd que tenia guardado para este objeto debajo de ese altar. Contempladle en tales momentos. Su cuerpo estaba tendido boca arriba, sus brazos cruzados sobre el pecho, sus ojos cerrados y su frente humedecida con un sudor de muerte. El pavoroso silencio que en esa hora reinaba en este recinto contribuía á representarle más vivamente la quietud y tinieblas del sepulcro, y muy pronto comenzaban á correr por sus mejillas abundantes lágrimas, con que pedia al Señor le lavara de las manchas de los pecados, infidelidades y miserias con que se creia cargado. Así le sorprendia la luz de la aurora, y considerándose como si Dios por un milagro acabara de resucitarle para que em-

prendiera una vida más fervorosa, salía de allí resuelto á negarse en todo á sí mismo, á tomar esforzadamente su cruz y á seguir con la mayor fidelidad á su dulce y pacientísimo Nazareno. Animado de estos sentimientos, nada deseaba tanto como destruir el imperio del pecado y estender el reino de Jesucristo; y por esto, desde que rayaba el día, se le encontraba aquí dispuesto á oír las confesiones de los penitentes, á quienes acogía con paternal dulzura, mezclando sus lágrimas con las suyas, curándoles luego sus llagas y restituyéndoles, por fin, la salud de su alma.

Llegada la hora de celebrar el augusto y tremendo sacrificio de la misa, armaba su pecho de una gran cruz de agudas puntas, pareciéndole que su corazón estaba todavía helado para un acto tan sublime, y que por lo mismo necesitaba de este abrigo. Pero no era este el único instrumento de mortificación con que se acercaba al altar; sino que habitualmente cargaba tantos cilicios, que solo le quedaban libres las coyunturas del cuerpo, para tener expeditos sus movimientos y disimular hasta donde le era posible su terrible maceración. Todos los viernes del año, todos los días de ejercicios y todos los de retiro espiritual, se ponía una especie de cota que le abrazaba toda la espalda, todo el pecho y la caja del cuerpo; y ciñéndosela fuertemente, hacía que se le clavaran en la carne las innumerables puntas de que estaba sembrada. Pero había para Luis otra ocasión en que redoblaba su penitencia y superaba con mucho todas estas asperezas. Era el viernes santo, Señores, el día en que este Sacerdote se esforzaba en asemejarse, en trasladarse, en identificarse con el pacientísimo Jesús, en cuanto le era dable: entonces sí, no había parte alguna de su cuerpo que no estuviera atormentada, y su alma, sedienta de padecer, apuraba hasta las heces el cáliz del dolor. Ya entendeis que os

hablo de aquella procesion edificantísima, en que se dejaba ver Luis, en las calles de S. Miguel, hecho un vivo trasunto del Varón de dolores. Su cabeza estaba coronada de espinas, que en la realidad rasgaban sus sienes y su frente, haciendo chorrear la sangre por su rostro: llevaba al cuello una gruesa soga, y una pesada cruz cargaba sobre su hombro y parte de su espalda, en que sin duda penetrarían las puntas del cilicio hasta los huesos. En las rodillas y en los piés llevaba ocultas unas láminas ásperas de hoja de lata, que le lastimaban indeciblemente al dar cada paso; y de esta manera caminaba por las calles de la estación, abrumado de inmensa fatiga, y de inexplicables dolores. Llegaba, por fin, al lugar en donde se hacía recuerdo de las caídas que dió Jesucristo por nuestro amor: y entonces, un hombre robusto tirando de los piés de Luis hácia atrás, le derribaba en tierra con la cruz y allí quedaba tirado sin aliento y casi muerto. ¡Oh asombrosa penitencia de Luis! ¿Cómo pudiera explicarse, sino es por que estaba embriagado con el *Agua* del costado de Jesucristo, que es el vino preciosísimo de los fuertes? Si, Señores: ¿quereis una prueba sensible de esto? Pues entrad á esa devotísima capilla del Calvario, que fué la última edificada por nuestro sacerdote, y que nos representa por lo mismo lo que pasaba en lo más recóndito de su alma. ¿Qué veis en su altar principal? La imagen de nuestro amabilísimo Redentor, muerto en la cruz, y dejando que un bárbaro soldado le abra su pecho divino con una lanza, para que de él brote la sangre y el agua de nuestra salud. Este pasage, pues, era el que tenía esculpido Luis en el altar mayor que había levantado á su Jesús en el fondo de su corazón: este misterio era el objeto de sus meditaciones continuas y fervorosísimas, y de aquí sacaba ese santo ardimiento, ese valor heroico para crucificarse y morir con su amado. Por esto, bastaba que por un breve rato

contemplara allí á su muerto Nazareno, para que se levantara luego armado de una áspera disciplina, y retirándose al lugar de su penitencia, azotara, hiriera y despedazara su cuerpo, derramando su sangre, como el vendimiador que esprime en el lagar los racimos de la uva: *Et quasi qui vindemiat replevi torcular.* De aquí tambien, es decir, de esa misma *Agua* salubérrima del costado de Cristo, sacó Luis esa admirable paciencia con que sufrió las más penosas enfermedades, sin abrir sus labios mas que para decir á su Jesus: *Recibe, une y reparte..... Amor mio, amor mio, ya me entiendes cuanto te quiero decir;.....* de aquí sacaba esa paz inalterable en que permanecía su alma, en medio de las murmuraciones de los envidiosos, de las críticas y sarcasmos de los impíos, y de las persecuciones de sus enemigos, para quienes no tenía otra venganza, que la de pedir á Dios les concediera una gracia eficaz para hacer fructuosamente los santos ejercicios; de aquí sacó aquel gusto en besar los piés á los pobres y en servirles la mesa de rodillas; de aquí, finalmente, sacó todas sus delicias, que consistian en no pensar sino en padecer, en no querer sino padecer, en no vivir sino de padecer, en no haber muerto sino en medio de un dulce padecer. Señores: me faltan muchos hechos de este género que referir, y con justicia me reclama esta falta la noticia que teneis de la penitencia extraordinaria de Luis; pero os ruego lleneis con vuestra consideracion este hueco, por no quedarme mas que un brevísimo tiempo para mostraros ligeramente el tercer testimonio que dá el *Espíritu* de Jesucristo en favor de las virtudes de Luis. Véamoslo en la

TERCERA PARTE.

Ya que hemos escogido al gran S. Bernardo para que nos guie en nuestras reflexiones, escuchémosle por la última vez.

Refiriéndose á estas palabras del Salmista, *El justo dará su fruto á su tiempo,* (1) hace el siguiente hermosísimo comentario. “Hay unos hombres, dice, que, ó no dan fruto como muchos árboles silvestres, ó si lo dan es como el de la encina, que no sirve para el alimento humano, sino para el de animales inmundos; “y tales son los hijos de este siglo, entregados á los banquetes y “á la crápula, á las impurezas y á toda clase de desórdenes. “Hay otros que dan fruto, pero que no es suyo, lo cual acontece en los hipócritas que, careciendo de la rectitud de intencion, “solo obran como el mercenario, por el interes de la vanagloria “que apetecen. Hay además quienes den un fruto que puede “llamarse suyo, pero que es prematuro, y tales son los presuntuosos que, ántes de estar bastantemente radicados en la virtud, “pretenden hacer las obras de los perfectos. Por último, hay en “la Iglesia de Dios unos hombres verdaderamente justos que dan “su fruto á su tiempo, lo cual vemos claramente en los Santos, “cuyos milagros prueban su santidad, cuya doctrina prueba su “piedad y cuya vida prueba su justicia: *Sanctitatem miracula “probant, doctrina pietatem, vita justitiam.* (2)”

Tal era, Señores, la doctrina que aplicaba S. Bernardo al glorioso S. Benito Abad. Pues bien: ahora que tratamos de las obras de vida que hizo nuestro Luis, en lo cual consiste el testimonio del Espíritu, como queda dicho, ¿no pudiéramos tambien aplicarle sin violencia la misma doctrina?

Cierto es que solo la Iglesia tiene autoridad para declararnos á quienes hemos de venerar como Santos, y por esta causa nuestro Ilmo. Prelado ha promovido en Roma la causa de la beatificación de nuestro Luis Felipe; mas sin anticiparnos al fallo su-

(1) *Fructum suum dabit in tempore suo Ps. I. 3*

(2) *In serm. VIII de S. Benedicto Abbate.*

premo de la Santa Sede (á quien protestamos, como sus verdaderos hijos, nuestra entera obediencia), no hay sin duda inconveniente para que podamos publicar las maravillas de Dios en su siervo: y hoy, por lo mismo, me es en extremo satisfactorio repasar con vosotros algunos de los portentos que han llamado en nuestro siglo la admiracion universal. Oh! y con cuánta razon! ¿Lo recordais? Apénas se abrió el túmulo en donde estaba depositado el respetable cadáver de Luis, cuando se percibió un olor suavísimo que, á medida que recreaba á los concurrentes, hacia despertar en su alma ese sentimiento de veneracion que experimentamos los fieles á la presencia de una santa reliquia. Este hecho es tan público y está tan plenamente comprobado, que tiene en su favor el testimonio oficial del Ilmo. Sr. Obispo que se digna escucharme, el de su Curia, y á mayor abundamiento, la deposicion de más de cincuenta testigos presenciales. Oh! ¡Bendito sea Jesus! ¡Bendito sea nuestro amabilísimo Redentor, que tantas veces se ha dignado embalsamar con la fragancia de su glorioso sepulcro, la humilde sepultura de los que por su amor, se ungieron en vida con la mirra de la penitencial

Y despues de este prodigio ¿cuántos otros no se han repetido, cuando se ha invocado con fé la intercesion del alma de ese justo? ¿cuántos afligidos han encontrado por este medio el consuelo, y se han visto libres de sus necesidades? ¿cuántos enfermos han recuperado su salud, hallándo en la proteccion del Padre Alfaro lo que no pudieron encontrar en los recursos de la ciencia humana? ¡Ah! Yo sé que estos casos no han sido raras, y en prueba de ello pudiera referiros muchos que várias personas me han dicho, desde luego que supieron que yo estaba encargado de este elogio fúnebre. Mas ya que vivimos en un siglo descreído, en que todo se quiere sujetar á las reglas de la crítica, porque quisiera negarse todo, especialmente en materia de culto

religioso, me contentaré con citaros un hecho solo que de ningún modo puede tergiversarse. Allí está en la ciudad de Querétaro la Reverenda Madre capuchina, Sor María de la Luz, conocida en el siglo con el apellido de Samaniego y Canal. Estaba aquejada de una enfermedad que la tenia postrada en cama desde hacia muchos años: los médicos le habian aplicado cuantos remedios creyeron oportunos, y despues de haber empleado inútilmente todos los procedimientos que pudo sugerirles su profesion, concluyeron por declarar que su mal era incurable. Mas ¿qué sucedió? Ocurrió esta persona al socorro sobrenatural, invocó llena de confianza el valimiento del Padre Alfaro, creyéndole Bienaventurado, é instantáneamente quedó curada, sin intervencion alguna de medio humano. Da luego voces de alegría, publicando el beneficio recibido, y al cerciorarse de este portentoso todo lo que la conocian, quedan llenos de un religioso asombro. Acude despues la Autoridad eclesiástica, que en tales casos se porta siempre con todas las cautelas de una ilustracion sábia y prudente; y habiendo levantado una informacion jurídica, para lo cual fué legítimamente comisionado el respetable Señor Canónigo de Morelia Lic. D. José Alejandro Quesada, dió por resultado que ésta obra del poder divino brillara con todo su esplendor, disipando hasta la más leve sombra de duda. ¿No hay, pues, razon, Señores, para que esa fama de santidad de que gozó Luis desde ántes de su muerte, haya ido creciendo hasta el presente, como crece la luz de la aurora que anuncia el claro día? ¡Oh! ¡quiera Dios que llegue el feliz momento en que, rompiendo el velo la mano del Vicario de Jesucristo, os veamos, ó Luis, resplandeciendo como un astro en el firmamento de la Iglesia!

Pero continúemos, Señores. Se nos ha dicho que así como los milagros prueban la santidad de los amigos de Dios, del mis-

mo modo su doctrina demuestra su piedad: *doctrina pietatem*. Y ¿quién no sabe que una de las preferentes ocupaciones de Luis fué la de instruir á los fieles en la doctrina de la verdad? Diariamente hacia que en este Santo Templo se repasara una declaracion de nuestro manual Catecismo, y despues la explicaba acomodándose á la capacidad de sus oyentes, y dirijiéndoles á la vez algunas brevísimas pero penetrantes palabras, que traspasaban su corazon como una saeta de fuego. En esta misma casa daba anualmente diez y seis dias de retiro y seis tandas de ejercicios, en que casi todo el dia predicaba, no con sublimidad de palabras, sino con la uncion y virtud del Espíritu Santo de que estaba poseído. Sus prácticas cotidianas de devocion eran tan numerosas como útiles para el aprovechamiento espiritual: aquí rezaba dos veces al dia el Santo Via-crucis, y acompañado de los fieles hacia el exámen de conciencia: jamás omitió las siete visitas al Santísimo Sacramento, la concordia espiritual por las necesidades de la Iglesia, los quince misterios del Santísimo Rosario, la novena de su dulce Nazareno, la de su Purísima Madre y otras muchísimas devociones, propias de cada dia y del tiempo eclesiástico en que se hallaba.

Mas como si todo esto fuera poco para satisfacer sus deseos de propagar el culto de Dios y de sus santos, y de ver extendida la piedad en todos los fieles, se dedicó á escribir, pero sin alterar en un solo punto el método de su vida, una muchedumbre de prácticas piadosas, de las cuales mandó imprimir varias, que despues han sido reimpresas y se han difundido á millares en toda nuestra República. En estos opúsculos, basta leer simplemente su título ó su dedicatoria, para comprender que los dictó una alma tiernísimamente enamorada de Jesus. En el que intituló *Reino ilustrado con nueve ciudades de Refugio* comienza diciendo: "Al más sagrado iman de los corazones, Abel inocentísimo, Isaac

obedientísimo, Jacob fortísimo, Moyses piadosísimo, Josué valorosísimo, y humilde David, Jesus Nazareno." En su novena consagrada á esa bellísima imágen del Redentor, se lee este bellísimo encabezado: A LA MAS HERMOSA Y SALUTIFERA FLOR DE LOS CAMPOS, AL MAS PEREGRINO, OLOROSO LIRIO DE LOS VALLES, A LA ROSA MAS FRAGANTE DE LOS JARDINES, AL CLAVEL MAS DISCIPLINADO DE LOS HUERTOS, AL SANTISIMO REDENTOR DE NUESTRAS ALMAS, JESUS NAZARENO. ¡Oh qué delicadeza de afectos! ¡oh qué caridad tan encendida! Mas decidme, Señores: si solo al pasar ligeramente la vista sobre las primeras líneas de estos libritos se siente tanta devocion, ¿quién será capaz de calcular los inmensos frutos de piedad que ellos han producido en la Iglesia mexicana, en el espacio de tantos años? ¡Oh admirable Luis! con cuánto derecho puedes exclamar: "Mirad que no solo para mí he trabajado, sino para todos los que solicitan la enseñanza: *Respicite quoniam non mihi soli laboravi, sed omnibus exquirentibus disciplinam.*"

Pero advertid, Señores, que este carácter de estabilidad se encuentra en todas sus empresas. En esta Diócesis dejó fundadas cuatro *santas Escuelas de Cristo*, y todavía permanecen animadas con el espíritu de nuestro Divino Maestro. En cuanto á la de Leon, de que tengo la honra de ser Capellan, aunque muy indigno, me consta por sus documentos que en todo tiempo han pertenecido á ella las personas más distinguidas por su ilustracion y especialmente por su virtud, tanto del estado eclesiástico como del secular; y últimamente ha crecido en tales términos el número de los que han pretendido alistarse en dicha Asociacion, que, prévia la licencia de la autoridad competente, han ingresado á ella más alumnos de los que designa el libro de las Constituciones: de manera que actualmente se glorían de ser discípulos de Cristo en aquella santa Escuela,

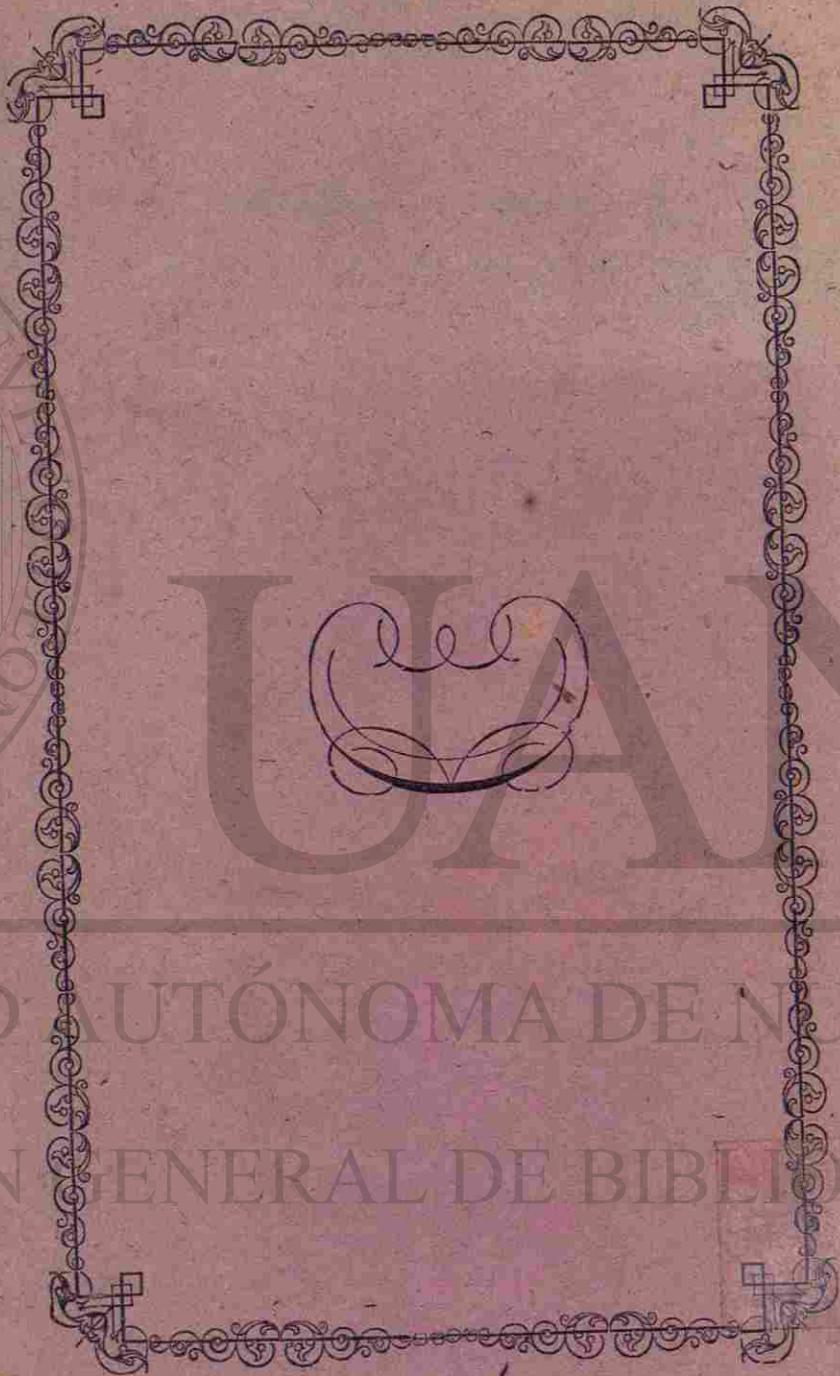
nuestro Ilmo. Prelado y varios miembros de su Venerable Cabildo, cinco Señores Curas, veintitres Señores Sacerdotes, ciento treinta y un hermanos, doscientas cincuenta y cinco Señoras profesas, y ochenta y ocho aspirantes, entre personas de uno ú otro sexo. Esto da por resultado que las comuniones de regla sean muy concurridas, que la exposicion del Santísimo Sacramento por los hermanos agonizantes sea muy frecuente, que los sufragios por los difuntos sean incontables y que el culto de nuestro Divino Maestro se perpetúe y engrandezca. Y ¿quién al contemplar estas obras fundadas por la caridad y celo apostólico de Luis, no se sentirá obligado á confesar que él no solo trabajó para su propio bien, sino para todos los que solicitan la enseñanza? *Respicite quoniam non mihi soli laboravi, sed omnibus exquirentibus disciplinam.*

Peró ¿no publican tambien esta verdad las paredes y bóvedas de este templo, y hasta las mismas piedras de esa santa Casa de ejercicios? ¿Sr. Ilmo., hermanos míos! ¿qué es lo que presenciamos? ¿ha muerto Luis, ó vive todavía en esta casa? Murió? Pues ¿cómo no se han acabado, ni se han interrumpido siquiera sus ejercicios, sus devociones, y sus prácticas religiosas? ¿Cuál puede ser la explicacion de este otro prodigio? Ah! solamente lo que nos dice David, esto es, *que el justo que da su fruto á su tiempo, es como el árbol cuyas hojas no caerán, y todo cuanto hiciere tendrá próspero efecto: folium ejus non defluet, et omnia quaecumque faciet prosperabuntur.* (Ps. 1.) Y ¿no ha sido así, Señores? Sí, digámoslo mil veces para gloria del Señor. No solo de las inmediaciones de este lugar, sino de los puntos más remotos de nuestro territorio, vienen á este Santuario caravanas inmensas de fieles, con el exclusivo objeto de tomar los ejercicios espirituales. Su número ha sido siempre creciente, y ha llegado á tal extremo, que ha sido necesario ampliar esta santa casa,

hasta que pueda contener, como en efecto contiene cómodamente, tres ó cuatro mil personas: *omnia quaecumque faciet prosperabuntur.* Esta fuerza de atraccion, si puedo así explicarme, ha sido tan poderosa, que no han podido vencerla ni el rigor extraordinario de algunas estaciones del año, ni la penuria de nuestro pueblo, ni los mil trastornos políticos que ha habido en esta centuria, ni aún todos los esfuerzos de la impiedad que desgraciadamente se ha introducido y se ha llegado á entronizar en nuestro país. A pesar, pues, de todo esto, el número de ejercitantes que han concurrido aquí, desde el fallecimiento del venerable P. Alfaro hasta el día de hoy, asciende á más de seiscientas cincuenta mil personas, y todavía, gracias á Dios, podemos decir con verdad: La cosecha que está por recogerse es muy abundante y son pocos los operarios: *Messis quidem multa, operarii autem pauci.*

Debemos, por tanto, concluir que el *Espíritu, el Agua y la Sangre* de Jesucristo, han dado en la tierra un solemnisimo testimonio de que Luis Felipe Neri de Alfaro, ha sido un gran siervo de Dios, que supo conservar la pureza de su alma en medio de un mundo corrompido; que crucificó su carne con todos sus apetitos, para asemejarse al modelo de los predestinados, Jesus vida nuestra; y que practicó constante y perseverantemente las obras que dan la inmortalidad y eterna bienaventuranza. Confiamos, por lo mismo, que habiendo esperado en la bendicion de su Dios, y habiendo llenado el lagar, como los que vendimian en la viña del Señor, y habiendo, por último, trabajado, no solo para sí mismo, sino para todos los que solicitan la enseñanza, habrá ya su alma recibido en la eternidad, la corona de sus merecimientos.

Réstame solo, Ilmo. Sr., felicitar á V. S. Ilma. por haber sido el instrumento de que se ha dignado valerse la Providencia divina, para promover la causa de la beatificacion de su siervo. A este fin, ha inspirado en el corazon de V. S. Ilma. aún desde que era niño, los sentimientos más profundos de amor y veneracion hácia Luis; y una vez colocado en la silla Episcopal de esta Diócesis, le ha movido eficazmente con su gracia para que procure, como de hecho ha procurado con ardoroso empeño, la



U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

